

Peter Stanford

ÁNGELES

SU HISTORIA VISIBLE E INVISIBLE



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Angels*

Primera edición en inglés a cargo de Hodder & Stoughton An Hachette UK company.

© del texto: Peter Stanford, 2019

© de la traducción: María Fresquet, 2020

© Imágenes de interior: knovakov / Shutterstock; KEYSTONE Pictures USA / Alamy /ACI; Adam Jan Figel / Shutterstock; André Held/ akg-images /Album; Lebrecht Music & Arts / Alamy Stock Photo; Historic Images / Alamy /ACI; Alamy /ACI; Renata Sedmakova / Shutterstock; Alamy /ACI; INTERFOTO History / Alamy /ACI; Album; Alamy /ACI; Alamy /ACI; ART Collection / Alamy /ACI; Culture Images / ACI; Sergio Anelli/ Mondadori Portfolio /Album; ZU_09 / Istockphoto / Getty Images; The Picture Art Collection / Alamy /ACI; Darling Archive / Alamy /ACI; Arthive; Fine Art Images /Album; Neil Holmes / Alamy / Holmes Garden Photos / ACI.

© Mark Owen / Trevillion

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: junio de 2022

© Edicions 62, S.A, 2022

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19164-10-0

Depósito legal: B. 2.631-2022

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

Prólogo: El amor a los ángeles 11

PRIMERA PARTE

Capítulo 1. Los libros sagrados: los primeros ángeles. 25

Capítulo 2. Peleando con los ángeles: el Génesis
y las Escrituras hebreas 43

Capítulo 3. Llamadnos por nuestro nombre: Miguel,
Gabriel y Rafael. 69

Capítulo 4. Enoc y los «vigilantes» del cielo. 89

Capítulo 5. Pongamos a los ángeles en su lugar:
el Nuevo Testamento. 111

Capítulo 6. El registro de ángeles en el islam 137

SEGUNDA PARTE

Capítulo 7. Cómo los ángeles ayudaron al cristianismo
primitivo a crecer. 159

Capítulo 8. Francisco de Asís, Avicena y Tomás de
Aquino. Cuándo y por qué la angelología
fue tomada en serio 189

Capítulo 9. De invisible a visible: nueva vida para
los ángeles 217

Capítulo 10. Los ángeles del Renacimiento 245

Capítulo 11. La Ilustración: hacia los márgenes. 277

Capítulo 12. Los ángeles en la modernidad 305

<i>Epílogo: habitantes del tiempo y del espacio</i>	327
<i>Agradecimientos</i>	335
<i>Notas</i>	337
<i>Índice onomástico</i>	369

Primera parte

LA VERSIÓN AUTORIZADA
DE LOS ÁNGELES

Cuando la imaginación da cuerpo a cosas desconocidas, su pluma las convierte en figuras, y da a la etérea nada un nombre y un espacio en que vivir.

Duque Teseo en *Sueño de una noche de verano*,
de WILLIAM SHAKESPEARE

A

A es por Asa Vahista, uno de los seis *amesha spenta* (o inmortales santos) del zoroastrismo, la religión predominante en Persia desde el 1500 a. C. hasta que fue reemplazada por el islam en el siglo VII d. C. Los seis eran «chispas divinas» creadas por el buen dios, Ahura Mazda, para cuidar a su gente y protegerla del mal dios, Angra Mainyu. Eran una especie de ángeles de la guarda, con el estatus elevado de arcángeles. A pesar de que técnicamente su género es neutro, Asa normalmente es considerado como masculino. A su nombre se le añade Vahista, una palabra usada por él en el texto sagrado del zoroastrismo Gathas, del mismo profeta Zoroastro, y que significa «el mejor». Asa representa la verdad, la justicia y la virtud, una combinación que indica lo que es ser un buen zoroastriano. A cada *amesha spenta* se le atribuye un ámbito específico. En el caso de Asa, es el fuego que, una vez más, es una parte esencial y característica de los rituales zoroastrianos.

B

La B es para los ángeles búlgaros, quienes según la leyenda viven en la cueva Garganta del Diablo en las montañas Ródope, en la zona sudeste de Europa. Entre peñascos de mármol se esconde una cueva a través de la que una cascada subterránea cae a más de 40 metros. Es aquí donde, como dice la leyenda cristiana, está basado un pasaje del Libro del Génesis; los ángeles caídos se retiraron ahí cuando cayeron a la tierra y embarazaron a las hijas de los hombres. Era como una prisión, también por el persistente sonido de la cascada en la cueva provocada por las lágrimas de su llanto. Una leyenda alternativa, probablemente anterior, dice que era el lugar por el que el dios griego Orfeo entró al inframundo para buscar a Eurídice.

CAPÍTULO I

LOS LIBROS SAGRADOS: LOS PRIMEROS ÁNGELES

Y, sin embargo, como los ángeles en los sueños más vivos llaman al alma, cuando el hombre duerme: por lo que algunos extraños pensamientos trascienden nuestros temas acostumbrados y se dirigen a la gloria.

HENRY VAUGHAN, *Todos se han ido al mundo de la luz*
(1655)¹⁸

Durante casi tres mil años las palabras «santo, santo, santo, es el Señor Todopoderoso / toda la tierra está llena de su gloria / Hosanna en las alturas» han sido musicadas por los creyentes como parte de su liturgia y rituales en las sinagogas e iglesias. El origen de lo que se conoce como el *Sanctus* reside en la tradición judía, una aproximación de lo cual se registró por vez primera en las Escrituras hebreas del Libro de Isaías, uno de los profetas mandados por Dios al pueblo judío cuando lo necesitó.¹⁹

Las partes más antiguas del libro son del siglo VIII a. C., y es ahí donde las palabras «santo, santo, santo» suenan para proclamar la visión extraordinaria de Isaías del Todopoderoso sentado en el trono del Templo de Jerusalén. Le acompaña una guardia de ángeles poderosos conocidos como serafines, «cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban».²⁰

Cuando estos serafines cantan su himno de alabanzas, los cimientos del templo (el más sagrado de los sagrados para el judaísmo) tiemblan y todo se llena de humo. Entonces, con una gran ceremonia, uno de ellos coge un trozo rojo de carbón encendido del altar y con él toca los labios de Isaías, borrando sus pecados y nombrándolo mensajero de Dios.²¹

Muchos de los detalles que aparecen en Isaías (incluidas las palabras del *Sanctus*) se repiten en el capítulo cuatro del Apocalipsis, el último episodio apocalíptico del Nuevo Testamento cristiano, escrito alrededor de finales del siglo I d. C.²² Sin embargo, ahora hay cuatro criaturas, también con seis alas, pero no son ángeles, sino tres animales (un león, un toro y un águila) y una cuarta criatura con cara humana. Todas ellas tienen «Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”.».²³

Hoy en día, en el ritual judío las palabras del *Sanctus* todavía se escuchan en el *Kedushah* (o santificación), parte del servicio religioso diario. Tradicionalmente, los que las recitan se levantan sobre los dedos de los pies cada vez que pronuncian *kadosh* o santo, cada vez un poco más alto, como si quisieran alcanzar los ángeles de arriba.

Entre los primeros cristianos, el Libro de Isaías tenía una consideración especial debido a la promesa del profeta de que Dios vendría a su pueblo. Los cristianos consideran esto la primera promesa de Jesús, hasta tal punto que al Libro de Isaías todavía se le denomina, a veces, como el «quinto Evangelio».²⁴ El *Sanctus* se incorporó a la Iglesia occidental en el siglo V d. C. en los textos aprobados oficialmente, con el santo, santo, santo («santo» en latín). Mientras tanto, en el este, los cristianos ortodoxos continúan recitando sus palabras de los ángeles como parte de su liturgia en el *Trisagion* (o triple santo). En

todas estas tradiciones, que en total representan a 1,5 billones de la población mundial, se entiende que las voces humanas se juntan para cantar con los ángeles en un solo coro que trasciende los límites del cielo y de la tierra.²⁵

De entre todas las palabras que aparecen en el *Sanctus*, se puede decir que Hosanna (en hebreo *yash na*) es la que más ha aparecido siendo pronunciada por ángeles o en relación con ellos; por ejemplo, en el villancico popular de inicios del siglo XVI «ding dong felizmente en las alturas, donde el cielo / está lleno de ángeles cantando: / ¡gloria, hossana in excelsis!». Y Hosanna también se puede leer en las banderolas que se despliegan de las trompetas de los ángeles en las tarjetas de felicitación de Navidad. Por otro lado, en el *Paraíso* de Dante, el último tramo del viaje del poeta a través del otro mundo que tiene lugar en la tercera parte de la *Divina comedia*, el narrador descubre que los millones de «chispas centelleantes» que le rodean en los reinos superiores del cielo son, efectivamente, ángeles cuando les oye cantar sus hosannas.

Les oí cantar hosanna en coro
En el lugar fijo que las mantiene en el Ubi
Y siempre estarán donde siempre han
estado.²⁶

La canción incluso contiene la palabra *hueste*, el nombre colectivo para los ángeles. El origen del término *hueste* es incluso anterior al Libro de Isaías y pertenece al siglo XI a. C., cuando el rey judío Saúl estableció el reino unido de Israel, con su sucesor David y cuya capital era Jerusalén. En las Escrituras hebreas de esa época (por ejemplo, al principio del Primer Libro de Samuel), se indica que Yahveh tiene un papel activo en estas victorias y se refiere a él a menudo como el Señor de las huestes.²⁷ La palabra hebrea *sabaoth*, que se traduce como

«huestes», también significa «ejército» y por ello contiene el sentido de un conjunto de seres que defienden. En términos terrenales, se traduce en las tropas inspiradas de Yahveh que trajeron a Saúl y a sus sucesores victorias en el campo de batalla contra sus oponentes, los filisteos. Mezclados con ellos, se creía que también había ángeles, enviados desde el cielo, para asistirlos.

Más allá de la música, liturgia y escrituras, las líneas del *Sanctus* nos revelan cuán emparentada está la historia de los ángeles con la relación de los israelitas con Dios. De hecho, la historia se remonta al principio de todo, a la creación de la historia del Jardín del Edén. Cuando Dios expulsa a Adán y Eva del paraíso por comer una manzana en contra de lo que les había dicho: «Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida».²⁸ Más adelante, en el mismo Génesis (el primer texto tanto en el Pentateuco, considerado por los judíos como la obra de Moisés y que contiene la ley judía, como en la Biblia cristiana) tres ángeles se le aparecen a Abraham,²⁹ considerado el padre fundador del judaísmo, el cristianismo y el islam, en el Mamre.

Para entender los orígenes de la relación de la humanidad con los ángeles, el solapamiento de los libros sagrados del judaísmo, cristianismo e islam son un punto de partida obvio. Sin embargo, a pesar de que se presentan a sí mismos (o, a menudo, son presentados por los religiosos literalistas) como el inicio de todo lo que había, no son los textos sagrados más antiguos que contienen criaturas que se parecen a los ángeles.

Esos serafines de seis alas que se describen en el Libro de Isaías en el siglo VIII a. C. en su visión de Yahveh entrando en Jerusalén tienen antecedentes en partes anteriores de las Escrituras hebreas. Solo mucho después, en el Apocalipsis, aparecen de nuevo en la Biblia cristiana. Y, sin embargo, los serafines han figurado en los debates teológicos sobre ángeles y sus je-

rarquías, así como en el arte y la literatura. En *El paraíso perdido*, Milton incluso le otorga a su serafín una personalidad individual, Abdiel (nombre que tomó de un personaje menor del Antiguo Testamento),³⁰ descrito como el serafín «que como nadie adoraba a Dios y obedecía sus órdenes celestiales».^{31,32}

Así que, ¿de dónde procede la descripción del serafín en el Libro de Isaías? El curioso hecho de cubrirse los ojos y los pies con sus pares «extra» de alas se podría entender como un acto de protección en el primer caso (al no ser capaz de mirar directamente la gloria de Dios) y de modestia, en el segundo. Algunas interpretaciones de la literatura judía rabínica sugieren que la referencia a los pies era un eufemismo de sus genitales.³³ Pero cuando Dios decide revelar al serafín por primera vez en la visión de Isaías, ¿cómo supo el profeta cómo nombrarle? Si no había sido instruido por el mismo Dios para saber el nombre de esas criaturas extraordinarias (y esto podría estar implícito, pero no se afirma en el texto), ¿existen otros orígenes, tanto por el nombre serafín como por las extrañas criaturas que describe en el mundo que Isaías conocería? ¿O incluso en el que estaría más allá de su comprensión?

Según los académicos, hay dos posibles fuentes para la palabra *serafín* en antiguo hebreo: la primera procede del verbo quemar, de ahí que esos ángeles con seis alas ardieran de amor por Dios; la segunda procede del verbo exaltar. Exaltaban a Dios y a su vez eran exaltados, a un nivel más alto que el resto de los ángeles.³⁴

La primera opción (del verbo quemar) es la más intrigante porque conecta el serafín con otras criaturas que habitan en el Libro de Isaías. Los *saraf* eran serpientes con alas, que eran mortales debido a su veneno ardiente³⁵ y, a su vez, estaban vinculados a los cultos que existían en esa época, y en épocas anteriores, entre los israelitas y otros sistemas de creencias.

Por ejemplo, en el Libro de los Números, que originalmente es anterior al de Isaías por varios siglos y que es el cuarto de los

cinco textos del Pentateuco, narra unos viajes a través del desierto y los primeros asentamientos de los israelitas. En él, los viajeros eran regularmente atacados por *saraf* o serpientes voladoras feroces, cuya mordedura podía causar la muerte. A primera vista, esto no parece que tenga ninguna conexión con los ángeles de la imaginación moderna, todo bálsamos y sonrisas. Pero los *saraf* son, como los otros ángeles del Antiguo Testamento, enviados por Yahveh como emisarios para advertir a los israelitas que le deben lealtad a él primero. El recordatorio que estos *saraf* llevan no sería más amable que el palo con la zanahoria, pero procedía nada menos que de Dios como un mensaje que no podía ser ignorado.

Y Moisés no ignora a los *saraf*. Su respuesta es realizar una serpiente de bronce, «sobre un asta; y cualquiera que fuere mordido y mirare a ella, vivirá».³⁶ Sin embargo, más adelante, en el Segundo Libro de los Reyes, leemos que esta serpiente de bronce tuvo que ser destruida porque la gente había empezado a realizar sacrificios en ella y a tratarla como a una deidad.³⁷

Efectivamente, hay algo fiero y aterrador, amenazador, así como magnífico acerca del misterioso serafín que Isaías describe como acompañante al trono de Yahveh. Así que esta conexión etimológica y física entre el serafín y el *saraf* volador podría haber contribuido al asombro particular que este serafín de seis alas había infundido cuando Isaías contó su visión.

Y esta resonancia se extiende a las deidades de Canaán y Baal, que van en paralelo y que son anteriores a la historia que los judíos cuentan en las Escrituras hebreas. Tenían dioses que eran serpientes aladas, como los egipcios, de cuya jefatura y explotación Moisés liberó a los israelitas. En el panteón atiborrado de la altamente avanzada civilización egipcia que se desarrolló a lo largo del río Nilo y su delta desde el cuarto milenio a. C., el *saraf* o serpiente habría sido muy conocido como un símbolo positivo de poder y de protección. La diosa Wadjet, guardiana de la parte

baja de Egipto, por ejemplo, era descrita como una serpiente voladora.

No era la única entre los dioses menores (y, a veces, mayores) de Egipto que tenían alas como el serafín de Isaías. Isis (en griego) o Asset/Eset (curiosamente, esta última es una palabra del antiguo egipcio para el tipo de trono que ocupaba Yahveh en la visión de Isaías) era una de las deidades más importantes de Egipto, que posteriormente tomarían los griegos y los romanos, y su culto se expandiría por todo el Imperio, desde el Reino Unido hasta Afganistán, y todavía hoy en día se encuentra en sistemas de creencias paganos. Aparte de su descripción más familiar con su hijo Horus (que se dice que es una de las influencias para las descripciones cristianas de María y Jesús como la Virgen con el niño), Isis a menudo era mostrada con alas como una de las cuatro diosas protectoras.

Las primeras referencias a Isis se remontan a la quinta dinastía de los faraones, alrededor del año 2500 a. C., y a través de los milenios a Isis se le han otorgado muchos roles, entre los cuales se encuentra el que la describe con alas y con ellas extendidas rocía la tierra con un perfume celestial, o para traer aire fresco al inframundo, donde hace de guía para los muertos en su viaje al más allá.

Además de quedarse con Isis, los antiguos griegos tenían muchos otros emisarios de los dioses alados, entre ellos, Hermes, de quien hablan en sus textos tanto Homero como Hesíodo, alrededor del siglo VIII a. C., la misma fecha para la sección más temprana del Libro de Isaías, donde aparece el *Sanctus*. Una de las tareas de Hermes, como en el caso de Isis, era acompañar las almas de los muertos por su camino.

Tanto Homero como Hesíodo hacen referencia a demonios, deidades menores, en algún lugar entre los humanos y los dioses, que actúan como espíritus guías benévolos, y que a veces tienen alas o sandalias aladas, a pesar de que no se les ve a menudo. Son, según indica Hesíodo en su poema épico *Los*

trabajos y los días, «seres buenos que repartían riquezas [pero que también] permanecían invisibles, y eran conocidos solo por sus actos». ³⁸

Es una descripción que se podría aplicar fácilmente a un ángel de la guarda y, como los ángeles posteriormente se convertirían en tema de especulación incesante en el ámbito del pensamiento judío, cristiano e islámico, lo mismo ocurrió con los demonios de la antigua Grecia, que eran objeto de debate y discusión. Hesíodo, por ejemplo, los conectaba con la veneración de los ancestros, sugiriendo que los poderosos deberían seguir siendo honrados tras la muerte en forma de demonios. En sus comunidades locales, algunos griegos construían santuarios para los demonios de sus héroes muertos.

Mientras que Homero defendía que los demonios estaban más cerca de los dioses que de los humanos, varios siglos más tarde, Platón (427-347 a. C.), el filósofo que fundó la Academia de Atenas como el primer centro de educación superior, mantenía que el demonio estaba inextricablemente ligado a los humanos, como el equivalente de cada alma individual desde el momento del nacimiento y separada de su cuerpo. ³⁹ En particular, recordaba en *Fedón* cómo su profesor, Sócrates, considerado el padre fundador de la filosofía occidental, había podido oír la voz de su demonio personal. Era la fuente de su genio, ⁴⁰ que le apartaba de los errores, aunque nunca enseñándole de forma directa qué hacer o decir. Su rol era el de inspirar pensamientos y acciones humanas, sugería Platón, más que aconsejar o mandar.

La naturaleza de los demonios fue posteriormente definida en el periodo helenístico tardío (300 hasta 30 a. C.) para incluir la idea de que los demonios podían ser guías espirituales tanto buenos como malos. Tal división, a su vez, influyó a los escritores judíos y cristianos. El filósofo judío Filón de Alejandría (c. 20 a. C.-50 d. C.), por ejemplo, trabajó para conciliar las ideas de los griegos con las Escrituras hebreas. «Los

seres que otros filósofos denominan demonios —indicaba—, Moisés normalmente se refería a ellos como ángeles.» Para enfatizar este solapamiento, añadió que «almas, demonios y ángeles tienen nombres distintos, pero hacen referencia a la misma realidad». ⁴¹

Los nombres de los ángeles procedentes de Babilonia

El prototipo de los distintos papeles que desempeñaron los ángeles en el judaísmo, y de ahí al cristianismo y posteriormente en el islam se puede vislumbrar en estos relatos, pero vamos a saltar hacia delante en nuestra historia para no perder de vista otras influencias potenciales para Isaías y la sorprendente descripción que ofrece del serafín en su *Sanctus*. Si ampliamos el campo de visión, entre los sumerios, acadios, y posteriores asirios y babilonios (civilizaciones conectadas y altamente desarrolladas agrícolamente que crecieron y se expandieron desde el año 4000 a. C. a partir de un núcleo con fértiles campos entre los ríos Tigris y Éufrates en lo que es hoy en día la parte sur de Iraq), ⁴² encontramos figuras aladas poderosas e intimidantes que se usaban como símbolos de poder terrenal casi divino y como deidades.

Se exponían en las estructuras de los palacios sagrados de piedra que se convirtieron en algo frecuente por primera vez en estas zonas, los percusores de templos, sinagogas, iglesias y mezquitas. Estos edificios expresaban la unión física entre el, a menudo, invisible poder de los dioses, que se enraíza físicamente en el mundo material. Entre las figuras que usaban para decorarlos estaba Pazuzu, un híbrido de hombre y animal que volaba, que a su vez era un demonio que traía la hambruna en la estación seca ⁴³ y el guardián protector para aquellos que le adorasen de otros espíritus malignos.

Además, a menudo, la forma y el tamaño de estas construcciones podía expresar el deseo de estar más cerca de los dioses. Los zigurats (o templo en forma de pirámide), así como los dedicados a Marduk, en el poema épico sobre la creación en Babilonia, el *Enûma Elish*, ofrecían un techo entre el cielo y la tierra, donde los humanos podían encontrarse con lo divino cara a cara.⁴⁴

Sin embargo, se podría decir que la mayor influencia en los ángeles que figuran en nuestras tarjetas de felicitación de Navidad procedió de los espíritus alados del zoroastrismo, la religión de los seguidores del profeta Zoroastro, quien se cree que vivió en el actual Irán en algún momento entre los años 15.000 y 10.000 a. C.⁴⁵ Su sistema de creencias se extendió por toda la región en varias formas hasta el siglo VII d. C., cuando el auge del islam lo desplazó. El paralelismo más obvio se da entre «nuestros» ángeles y los *fravashi* del zoroastrismo, que a menudo son descritos como guardianes de las murallas del cielo antes de descender a la tierra para ejercer de espíritus protectores para los creyentes.

Como muchos de los aspectos del zoroastrismo, su rol y estatus exacto es objeto de debate entre los académicos, puesto que no se mencionan en las partes conservadas del Avesta, el libro más sagrado del zoroastrismo que ha sobrevivido (se estima que alrededor de una cuarta parte del original). Existen referencias a ellos en el Gathas, una colección de himnos y de otro tipo de textos escritos por Zoroastro. En ellos se describe un ejército de *fravashi* asistentes creados por Ahura Mazda, el Señor de la Luz y de la Sabiduría, para ayudarle en su lucha contra Angra Mainyu, el Señor del Mal y de la Destrucción. Al posicionar un dios bueno contra un dios malo, el zoroastrismo fue uno de los primeros sistemas de creencias dualistas, y convirtió el mundo en una batalla cósmica entre poderes divinos iguales y opuestos.

Como los demonios en la antigua Grecia, cuesta ser preciso a la hora de comparar los *fravashi* con los ángeles porque su

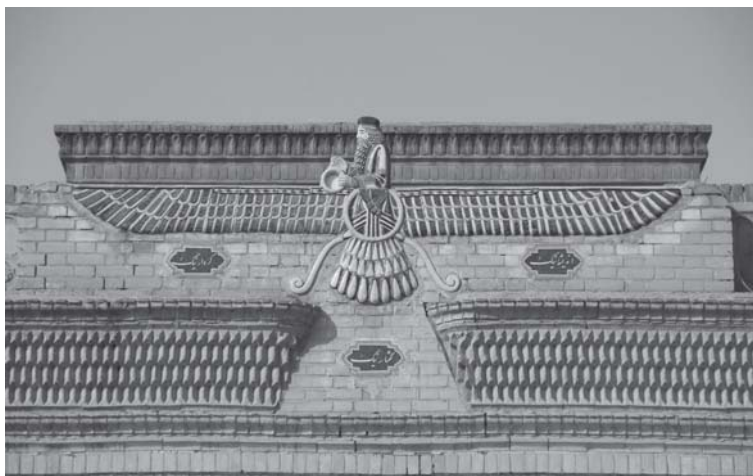
importancia sube y baja, y por cómo se describen en los escasos documentos supervivientes zoroastras. Nuestra capacidad para entender adecuadamente el desarrollo de esta figura se ve mermada por la relativa escasez de materiales conservados. Sin embargo, parece que lo que ocurre es que una corriente del zoroastrismo, conocida como zurvanismo, aliada al poder geopolítico en Babilonia, dominó al menos desde el siglo IV a. C. en adelante. En ella, los *fravashi* salieron a la palestra como modelos (o espejos) de la perfección espiritual, más que como guardianes enviados del cielo para los creyentes.

Entre los descendientes actuales directos de los zoroastrianos, la fuerte comunidad de 200.000 parsis, que se halla sobre todo en la India (adonde huyeron cuando fueron perseguidos por el islam), existe una vez más una visión algo distinta, y los *fravashi* se consideran más como espíritus protectores de sus ancestros que cuidan de sus familiares vivos. Para añadir confusión, se cree que el *Faravahar* —la descripción de una criatura parecida a un ángel con alas que representa el espíritu humano infinito que usualmente se considera símbolo del zoroastrismo, en su forma actual— es una invención del siglo XIX, creado como reacción al colonialismo europeo y diseñado como un elemento de unión nacional para Irán, su historia y su cultura, más que una imagen religiosa.

De este modo, los *fravashi* no ofrecen grandes pistas sobre su potencial influencia sobre el serafín de la imaginación de Isaías. Las partes del libro que contiene el *Sanctus* fueron escritas antes que los pasajes que reflejan una influencia mucho más fuerte del zoroastrismo en el judaísmo. Estas partes del Libro de Isaías fueron completadas durante la larga exposición de los judíos a las creencias y prácticas zoroastras durante su exilio en Babilonia entre los años 587 y 539 a. C. Esta «cautividad» fue el resultado de su derrota con Nabucodonosor, el rey de Babilonia, que añadió carga traumática a los judíos y a su sentimiento de abandono porque Yahveh no les ofreció su ayuda

cuando destruyeron su templo en Jerusalén. Esta influencia zoroastra sobre el judaísmo que se halló en algunas partes posteriores del Libro de Isaías forma parte de un impacto mayor que el que el exilio tuvo en las ideas judías. Para esta historia de los ángeles, un proverbio del Talmud (la compilación escrita de las leyes judías y el debate entre los rabinos sobre estas, que se empezó a compilar en el siglo 11 d. C.) resume muy bien todo esto. Dice que «los nombres de los ángeles proceden de Babilonia».⁴⁶

Los ángeles con nombre mencionados son los arcángeles Gabriel y Miguel, que se hallan en el Libro de Daniel, uno de los libros de las Escrituras hebreas, que es del año 165 a. C., así como Rafael y otros, que aparecen en el Libro de Enoc, que exploraremos más adelante. La supuesta inspiración babilónica/zoroastra para estos arcángeles con nombre son sus seis (tres hombres y tres mujeres) *amesha spenta* o inmortales santos. En el Yasna (la principal obra litúrgica zoroastra) se narra cómo Ahura Mazda crea cada uno de los seis para alinearlos



El *Faravahar*, como se puede ver en el Templo de Fuego en Yazd, Irán, es una representación, según el zoroastrismo, del espíritu humano como una figura parecida a un ángel con alas.

con él como si fueran «chispas divinas» (un eco de esta descripción, las «chispas centelleantes», lo encontraremos más tarde en los ángeles del *Paraíso* de Dante). Son la forma visible del Dios creador que es invisible, y le pueden poner distintas caras a lo divino. Cada uno de los seis *amesha spenta* tiene virtudes individuales (buenos propósitos, honestidad, poder, devoción, plenitud e inmortalidad) y todos forman parte de la batalla cósmica con el maligno Angra Mainyu. Por sus capacidades, son más poderosos que los *fravashi*, e iguales a la mejor clase de ángel.

Cómo se comparten las ideas

Fue la interacción humana entre diferentes religiones y sistemas de creencias (en el exilio, en la guerra, o simplemente a través de encuentros de gente de otros barrios o trabajos) lo que hizo que los ángeles poblaran las páginas de las Escrituras hebreas, del Nuevo Testamento y, posteriormente, del Corán. Los lazos físicos creados con las rutas comerciales entre el este y el oeste, la famosa Ruta de la Seda entre el Mediterráneo y el Himalaya,⁴⁷ que enlazaba Asia con Europa, podrían no haberse desarrollado hasta el siglo II a. C., pero mucho antes de esta fecha tuvo que haber un intercambio de ideas. Sin embargo, la proximidad geográfica y comercial no es el único factor a tener en cuenta.

En la última mitad de siglo, los historiadores han insistido cada vez más en la importancia del periodo entre los años 800 y 300 a. C., una época que denominan Era Axial porque fue el momento en el que emergieron muchas de las religiones más importantes del mundo alrededor de un eje común de creencias.⁴⁸ Fue el inicio de grandes tradiciones que siguen alimentando a la humanidad: el confucianismo y el taoísmo en China, el hinduismo y el budismo en la India, el Dios único

(monoteísmo) del judaísmo —que más tarde nutriría tanto el cristianismo como el islam— y el racionalismo filosófico en Grecia. Fue el periodo de Buda, de Confucio, de los místicos hindúes de los Upanishads y de Sócrates, entre muchos otros, así como de los profetas de las Escrituras hebreas. El solapamiento de ideas entre estos maestros tan distintos y los sistemas que representan no se puede explicar mediante el contacto físico. Tuvo que surgir una reacción común a unas circunstancias particulares de esos siglos, una serie de dilemas a tratar y una serie de anhelos.

En el caso de los sabios de la Era Axial, una de las cosas que los unieron fue su impaciencia con los códigos doctrinales, las reglas, la prescripción y la creación de jerarquías que hoy en día tendemos a asociar con una religión organizada. Estaban mucho más interesados en llevar más allá la consciencia humana para hallar un sentido trascendente a la vida, algo que fuera más allá del aquí y ahora, y que los conectara con un objetivo más elevado, ya fuera uno o varios dioses, un estado de perfección o un ser más elevado, una vida más allá de la muerte o un ciclo de reencarnación.⁴⁹ Parte de esta empresa incluía una serie de mensajeros, deidades menores, espíritus, intermediarios o guardias que salvaban la distancia entre los dioses y el resto de los humanos, y que adoptaban todo tipo de formas, aunque no tan distintas entre sí. ¿Por qué? Porque estos intermediarios respondían a una necesidad humana compartida de acercarse o de sentir la presencia de las deidades.

De este modo, aunque sería posible decir que la visión de Isaías del serafín con seis alas del siglo VIII a. C. podría ser una influencia del hinduismo emergente, su figura en forma de ángel formaría parte de un trasfondo más amplio. A menudo se describe el hinduismo como la religión más antigua del mundo, que originaría la civilización que creció alrededor del valle del Indo (la «tierra de los siete ríos» o Sapta-Sindhu, el origen de la palabra *hindú*), entre los años 2500 y 2000 a. C. El hin-

duismo generó textos sagrados, escritos en sánscrito y conocidos colectivamente como Vedas («conocimiento»), de los cuales Rig Veda, de entre el 1500 y 1200 a. C. es el más conocido. Este describe a Gandharva como el dios que protege la Luna y que guarda los secretos del cielo. Sin embargo, en la época de los Upanishads, entre los siglos VIII y V a. C., Gandharva había sido un espíritu masculino, medio humano y medio animal, normalmente un pájaro y, por lo tanto, con alas. También actuaba como mensajero entre los dioses y los humanos, pero se le veneraba, sobre todo, por sus dotes musicales, por su voz y por las canciones que cantaba, que se decía que podían hacer que sus oyentes entraran en trance, igual que pasaba con los coros de los ángeles en el judaísmo y el cristianismo en el *Sanctus*.

También es significativa la presencia en el panteón hindú de las criaturas masculina *deva* y femenina *devi*, «que moran en la gloria en el aire», según el Rig Veda.⁵⁰ A menudo son representadas como unas criaturas que traen la luz (lo opuesto a los *asuras*, los espíritus que traen la oscuridad) y viven en el ciclo del renacimiento, que es parte del hinduismo como guardián de las almas entre la muerte y el renacimiento.

El paralelismo con la historia de los ángeles es asombroso. También se les podrían añadir los *bodhisattvas* del budismo, guías para una vida espiritual significativa, mística, poderosa, radiante y llena de sabiduría, pero a la vez tan ordinaria como la vida de tu vecino. Sin embargo, ¿hasta dónde llegaba esta búsqueda de trascendencia en la Era Axial que conectaba pueblos de distintas partes del mundo? ¿Por qué las coincidencias y los ecos (en nuestro caso, alrededor de la figura de los ángeles) que detectan los historiadores eran a menudo una inclinación humana espontánea de hacer «transparente lo trascendente»? Esta frase es del escritor y académico americano Joseph Campbell (1904-1987), quien estuvo poco interesado en los aspectos técnicos de cómo las ideas fueron pasando de

mano a mano, de cabeza a cabeza, de corazón a corazón, y prefirió centrarse en establecer las conexiones entre pueblos de distintas partes del mundo en el mismo momento como parte de una empresa humana instintiva por dotar de sentido a la vida. Como argumenta en su libro de 1949, *The Hero with a Thousand Faces*, todas las religiones crearon dioses quienes eran aspectos de un «monomito» compartido.⁵¹ A través de los conocimientos del psicólogo analista Carl Jung, Campbell indicó que tenía más sentido considerar muchos de los detalles compartidos de las religiones (como los seres angélicos, entre otros) como restos que «dibujan las paredes de nuestro sistema de creencias interno, como trozos de cerámica en un yacimiento arqueológico»; un mapa de la existencia generado en gran medida desde el interior más que a través de conexiones externas o influencias.

En otras palabras, las criaturas aladas de Isaías, el primer coro que cantó el *Sanctus* hace tres mil años, formaban parte de una reacción que emergió espontáneamente y de forma separada en todas las religiones del mundo por una necesidad psicológica humana de trascendencia vital y de que pudiera haber algo entre la tierra y el cielo, e incluso más allá de este. Como dijo Campbell, no queríamos estar solos.⁵²

C

La C es para Angel Clare, el hijo de un monje en la novela de Thomas Hardy de 1892, *Tess, la de los d'Urberville*, que empieza presentándose como un «librepensador». Su nombre también sugiere que tenía un espíritu libre. Al contrario que sus dos hermanos más convencionales y cristianizados, Felix y Cuthbert, Angel decide no seguir los pasos de su padre en el ministerio de la Iglesia y opta por ser un humilde granjero, ya que prefiere, como dice Hardy, «sermones en las piedras que

en la iglesia». De Tess, escribe, «apenas había una chispa de terrenal en su amor por Clare». Pese a ello, este Angel no está ahí cuando la mujer que ama, y que le corresponde, es violada por el libertino Alec Stoke-d'Urberville. «¿Dónde estaba el ángel de la guarda de Tess?», se pregunta el narrador, como maldiciendo que tal noción pudiera existir. Y, al parecer, Angel Clare resulta no ser un «librepensador». En vez de ello, su moralidad basada en restos de convenciones eclesiásticas hace que abandone a Tess la noche de su boda cuando ella le cuenta lo que le ha hecho Alec. Cuando él finalmente vuelve a protegerla en el tremendo final de la novela en Stonehenge, el destino ha intervenido y es demasiado tarde.

D

La D es por Damiel, mencionado en el Libro de Enoc como uno de los «Ángeles Vigilantes» que traicionan a Dios, caen en la tierra e introducen el mal en el mundo. Sin embargo, tal vez es más conocido por ser uno de los dos ángeles de la guarda con gabardina de la película de Wim Wenders *El cielo sobre Berlín*, de 1987. De los dos, Damiel (interpretado por Bruno Ganz) es el que se cansa de un papel que nunca le permite cruzar el límite entre lo material y lo espiritual, una frustración que aumenta cuando se enamora de la trapecista Marion. Rechaza su inmortalidad y sus alas, y va a conocer a Marion. Su mundo ya no es en blanco y negro como lo ven los ángeles, sino un bar a todo color en Berlín donde actúa el cantante australiano Nick Cave.